



FUNÁMBULOS

Maryse Renaud

FUNÁMBULOS



Primera edición: septiembre de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Maryse Renaud

ISBN: 978-84-10400-38-2

ISBN digital: 978-84-10400-39-9

Depósito legal: M-18546-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A la Niña Clotilde, mi nieta rebelde.
A Jean, mi esposo, por su inconmensurable
paciencia y entrega.*

PRÓLOGO

Y entre tantas complicaciones, conseguí ratos de sosiego leyendo tu libro. Como en todas tus obras resalta la calidad de tu escritura, saltas de una descripción sencilla, medida, justa, a una frase poética: amaba la dulzura rosada de sus amaneceres con sabor a inocencia, a comienzos del mundo, lo mismo que sus crepúsculos arrebolados y la viril quemadura de su sol.

Detrás de tu oficio de escritora, hay mucha vida vivida, alimentos para tu inspiración. Al leer la historia y recorrer pasajes en Martinica, México, España, no puedo dejar de pensar en cuánto de ti tiene la historia. ¡Claro, si tú la escribiste!, pero no me refiero a las ficciones que puedan surgir de una mente tan creativa, sino a vivencias propias, o al menos, cercanas.

Creo que esta historia puede llenar de curiosidad, y volverse «empática», con personas de distintas generaciones, porque más de un adolescente, un joven adulto y alguien maduro (como es mi caso), encontrará diálogos reconocibles, familiares, cercanos. No pude dejar de pensar en mis compañeros del bachillerato, y en aquellos de la universidad, tratando de adivinar qué habrá sido de algunos de ellos (con los más cercanos sigo en contacto). Hay mucha nostalgia en tu historia, al menos para mí, seguramente para un joven el sentimiento que le pueda generar la historia debe ser muy diferente. Pero te cuento, hace algunos años (diez, o nueve), me escribió un amigo de la escuela secundaria, con quien era muy compinche, él me dijo: «Necesito verte desesperadamente». Entonces pensé: «Raúl vive anclado a la adolescencia», y recordé ese mensaje

de mi amigo al leer el pasaje: «¡Magda, qué empollona, qué cerebro!, ¡cómo la extraño!, ¡qué buenas migas hacíamos las dos!».

Como buen libro, *Funámbulos* atrapa con las sutiles descripciones de los personajes, creo que puedo imaginar sus físicos, y hasta sus familias, las peleas, los enamoramientos, los distanciamientos, y con el paso de los capítulos, Simon, Bastien, Fanny o Armando pasan a ser parientes cercanos para el lector.

ESTEBAN BEDOYA

1

Corres como un descosido por la acera. Te suda la cara, se te apelmaza el pelo, vas a llegar hecho una miseria, todos se fijarán en tí, le vas a dar vergüenza, tú que has terminado por convencerte de que no estaría mal, un día es un día, abandonar la corbata de rayas del colegio y lucir una pajarita. Con lunares de un verde chillón para impresionarlos a todos. Te dijo que vivía en el Barrio Latino y creíste notar en su voz cierto orgullo, una satisfacción de niña mimada que, por lo demás, encuentras muy legítima, a ti también te hubiera gustado residir cerca de la Sorbona. O del Panteón. O del Jardín de Luxemburgo. Por ese lado, a cuatro pasos de ella. Te paras un minuto. Dijo... Dijo ella tantas cosas entre risas y aspavientos y aclamaciones de sus compañeros enardecidos. ¡Olé! Que pronto llegue el sábado.

Y ha llegado ese momento tan apetecido. Corres pensando en su melenita roja que debe de estar iluminando el salón de sus padres, agitándose de aquí para allí como en el colegio. Ya habrán empezado a abrir los regalos. A tu lado, el hombre también corre. Como un perdido, acezante, igual que tú. Cargando una varilla para cortinas que se arrastra por la acera y frena su carrera. Si llega a rozarte, a tocarte, seguro que va a arruinar tu traje de los domingos, que te va a atropellar. Sobre él, como perros furiosos se abalanzan dos empleados de El Gran Bazar de cara aviesa, con sus mandiles grises. Sueltan horribles tacos. Están hasta los cuernos de hurtos estúpidos: clavos, tuercas, cepillos que se esfuman de la noche a la mañana y hay que renovar constantemente para satisfacer las

exigencias de sus ricos clientes. ¡Y ahora, habrase visto!, una varilla para cortinas. ¡Pedazo de alcornoque!

Haces un esfuerzo sobrehumano para distanciarte, no vaya a ser que te confundan con él. Tampoco quieres asistir a la derrota anunciada del joven ladrón. La cacería se intensifica. Cuánto jaleo por una fea barra de metal plateado... Tuerces de golpe a la derecha. Levantas la vista. Te suena el nombre de la calle. Al bajar la barbilla notas que está chafada la manga de tu chaqueta. ¡Córchol! ¿Qué le vas a decir a tu amiguita, tan pulcra, tan distinguida?, que en tu casa no saben planchar ni para una fiesta de cumpleaños. Aceleras la marcha y de repente te desesperas. Ya llevas tanto retraso que no te importa finalmente meterte al tuntún, por qué no, en ese elegante edificio de sillería en el que bien podría residir ella.

Está entreabierto el portón, alcanzas a ver el pavimento de grandes rombos negros y blancos, y arrimada a la pared una pequeña bicicleta celeste. Del color de sus ojos. Detrás de la Sorbona, en una callejuela empinada de sello medieval —lo precisó ella—. Esta es de todas formas tu última tentativa. Subes a trancos hasta el... Segundo piso, con una mirilla en la puerta de roble, en su mismísimo centro. Pues sí, ahí está, tal como la describió ella. Recobras ánimo, has llegado a buen puerto. Tocas el timbre y recibes en pleno pecho un golpazo que te deja medio aturcido.

Una bata ajada se te acerca lentamente, un cuerpo desvencijado de una palidez sepulcral que se mueve con pesadez y del que no consigues despegar los ojos. Te echas atrás, asustado, al tiempo que dices con voz velada buscando la salida:

—¿Alicia Roland vive aquí?

El hombre es duro de oído, gira el torso hacia el fondo del piso. Sale arrastrando el paso una mujer sin peinar, de pelo lacio y amarillento. Te da vueltas la cabeza, sientes que te vas a desmayar. Quieres a toda costa escapar de ese aire enrarecido, esas máscaras fofas, esa telaraña pegajosa que se va cerrando sobre ti.

—La puerta... Perdonen la molestia. Ábranme, por favor.
Y rompes a llorar.

Alhelados, los dos viejos contemplan sin comprender las lágrimas grandes que se aplastan contra tus labios.

2

Entre asombrada y compasiva, la gente del bulevar observaba con el rabillo del ojo al chiquillo de doce años, con la cara bañada en lágrimas, abriéndose paso entre el calor de ese final de tarde primaveral. Bastien, determinado a regresar a su casa lo antes posible, se esforzó por calmarse, se secó las mejillas y los labios. Ya no sabía a qué atenerse. Era la primera vez que se alejaba de verdad de su barrio, del imponente león verde de la plaza Denfert-Rochereau, para adentrarse en la zona de Alicia, de catedráticos y estudiantes, bibliotecas y librerías, y no podía haber sufrido peor humillación. Ahora se reprochaba su negligencia: no haber apuntado la dirección exacta de su camarada, haberse fiado excesivamente de su memoria. Le dolían sus insuficiencias: ser incapaz de orientarse correctamente en la ciudad como otros tantos chiquillos de su edad, cohibirse por cualquier cosa. Pero algo más grave lo atormentaba y estaba determinado a esclarecer el caso en cuanto llegara el lunes. A intentarlo por lo menos, mientras observaba avergonzado las oscilaciones irónicas del paquete sin regalar colgando de su mano izquierda.

El arroz con leche se enfría en su plato. Normalmente le gusta que se lo sirvan ligeramente tibio, cremoso, con una pizca de canela en polvo, pero hoy apenas si lo prueba. Nadie parece reparar en ello en su casa, ni en su nariz enrojecida; nadie le pregunta qué tal estuvo la fiesta de cumpleaños y él se retira presuroso, buenas-noches-hasta-mañana, a su habitación. Por primera vez en su vida encuentra guapos a sus padres, guapos y jóvenes, y se acuesta aliviado.

¡Ahora arde Troya! Se sienta al lado de Alicia, comparten el mismo pupitre. Deposita ostensiblemente el regalo que le iba destinado en la madera clara y espera su reacción. Que ella por fin se interese por él, que le pida aclaraciones sobre su incomprensible ausencia, que se muestre sorprendida, contrariada, indignada por su vil abandono, ya que aparentemente tanto contaba con él. Está dispuesto a afrontar, a aceptar todas las críticas. ¡Todo, menos la indiferencia! Pero ni mu. No le hace caso y sigue enfrascada en las intrincadas bocas del Orinoco que se esfuerza por copiar fielmente en su cuaderno. ¡Maldita geografía! Levanta el lápiz, ahora sí lo mira con simpatía, una breve ojeada oblicua, pero sigue en silencio.

Y de repente se le aclara lo que hasta aquí se negaba obstinadamente a admitir. En los pasillos del colegio, con su desenvoltura habitual resulta que ella únicamente había invitado a los de su clan. A aquellos que en el patio de recreo juegan a plebiscitar ruidosamente a los omnipotentes romanos, y que residen casi todos cerca de la Sorbona, igual que ella. A él, miembro del bando de «los cartagineses» procedentes de barrios menos distinguidos, ni siquiera se le había ocurrido invitarlo. ¿Cómo es que se equivocó tan burdamente? Ya se acabó todo. Todo. Nunca había formado él parte de los *happy few*, ¡ay de los vencidos!, ¡ay de Aníbal!, o es que eres duro de mollera, Bastien. Las chicas no valen nada... Siempre arrimadas al sol que más calienta. ¡Al estúpido de Antonin!, con su cartera de piel de búfalo que la tiene fascinada y su nombre de emperador romano, su nombre de tarado.

A la Infame duda entre pegarle una bofetada o echarse a llorar. ¡Lágrimas otra vez! En clase, ¡imposible! Fuera de sí, alza el puño y aplasta rabioso la caja de bombones. La desafía con la mirada mientras el licor verdoso se extiende lentamente por la tapa del pupitre. Brilla como un elixir precioso.

—Mortens, ¡fuera! —el castigo del profesor suena para Bastien como un nuevo golpe.

Alicia abre sus grandes ojos claros y lo mira fijamente, ajena a su pena.

3

Frente a tu dormitorio, una fachada blanca en la que está incrustada una ventana. Es rectangular, insignificante, sus postigos ajados de madera cuelgan alicaídos hacia el costado. No sabes por qué, a decir verdad, te interesas particularmente por ella, si todas las de ese edificio tienen la misma pinta descuidada con sus grandes cristales turbios que te imaginas fríos y hostiles. Es tu ventana ¡y punto!

Acaso te has encariñado con ella por el color azul de sus postigos: azul del mar, de los campos de lavanda del sur de Francia, del cielo de verano, de un par de ojos insensibles que tanto te hirieron un día. A ratos se separan los visillos y esperas vagamente la aparición de una melenita bonita, de dos cuerpos abrazados, amorosos, o, mejor aún, de una cara. Una cara cualquiera, masculina o femenina, con quien pudieras entablar una forma de conversación, por señas, ¿por qué no? O que anime simplemente con su mera presencia la insipidez de esos días que te pasas ante tu escritorio, revisando declinaciones latinas o bregando con esa aritmética que no se te da bien. No puedes evitar espiar los movimientos de los habitantes del edificio de enfrente a sabiendas, sin embargo, que de ahí probablemente nunca salga una voz amiga, nadie de tu edad te tenderá la mano. Son todos adultos, gente seria, los que viven en ese antro. Actúan, se precipitan, no se les ocurre pararse a soñar con otro mundo, con otros seres. Te ignoran.

Transcurren varios meses de acecho minucioso. Una tarde asoma una mano ensortijada de mujer que cierra con enfado los pos-

tigos, te sobresaltas. A la semana siguiente un brazo velludo como el de tu padre tira una colilla volcando de paso una maceta de geranios raquícos, abajo se esparce la tierra negra y luce más lúgubre que nunca el piso del patio. Los cascotes se quedan tres días sin recoger y la portera, escoba en mano, pone el grito en el cielo.

Algunos meses después se produce lo impensable, un incidente gravísimo. Una noche de invierno, de nieve y viento, el postigo izquierdo se descuelga y rueda estruendosamente, tres plantas más abajo, al suelo cubierto de puré fangoso. Te resulta insoportable la deserción de tu ventana desmembrada, mutilada, y la mudanza a la chiticallando de sus escurridizos habitantes. Tomas una gran decisión: basta ya de fijarte en el muro ingrato de enfrente, te despides sin alharaca de tu infiel compañera con el corazón secretamente encogido. Arrastras trabajosamente tu escritorio por el parqué, cambias de sentido la silla y la lámpara de pie, das la espalda a los fantasmas de enfrente y retornas a tu soledad de hijo único. Te pones a escudriñar tristemente las anchas vetas rojizas del manto de la chimenea y las manchitas de orín del labrador de bronce inclinado sobre su guadaña, cuando de golpe y porrazo te entran ganas de mandarlo todo a paseo. ¡Todo sin excepción, empezando por la flor de tus tesoros! Abres la gaveta del escritorio, hundes a fondo la mano y lanzas encima de la sobrecama, imitando el gesto ampuloso del sembrador, tu colección entera de sellos. El álbum de cartón se desbarata lamentablemente al tiempo que te recuestas en el parqué con los ojos cerrados.

Mañana comienza para ti una nueva vida, estás determinado.

¡La calle te llama!

Se acerca la hora de la cena. Te vas preparando para afrontar la ira de tus padres. Ya te los figuras entornando impacientes la puerta de tu dormitorio, ¿pero qué es esto, a qué viene este desbarajuste?, constatando contrariados la nueva disposición de los muebles, qué falta de tino, a quién se le ocurre sentarse a contraluz, se va a arruinar los ojos ese chiquillo. Sientes pasos en el corredor, ahí vienen los caimanes. Abren la puerta de par en par, descubren

estupefactos tu cuerpo rígido, lanzan gritos desgarradores. Bastien, hijo mío, me oyes, nos oyes, por favor hánblanos, di algo Bastien, hánblanos cariño.

Dejas que se vayan desgañitando algunos segundos más, resultan tan divertidos, corazón cariño, y abres un ojo, con tiempo, lentamente. Ellos salen enseguida del cuarto sin una pregunta, exasperados por esa nueva extravagancia tuya.

De momento, ni reprensión ni castigo. Tienen hambre.

